

rendirla á las armas del imperio. Grande-mente se equivocaba en esta ocasion el general francés, al juzgar así el espíritu guerrero y entusiasta de los mejicanos.

Desde el momento en que el ejército sitiador intentó pasar los muros de la ciudad de Puebla, sus habitantes se lanzaron á las calles con frenético entusiasmo, y apostados en las fuertes barricadas que en todas ellas habían levantado, hacían un fuego nutrido y cierto á los valientes zuavos, que á todo trance querían tomarlas á la bayoneta.

Las ventanas, los terrados y las torres de la ciudad, eran otros tantos baluartes cuyos disparos no cesaban un solo instante. Las mujeres y los ancianos animaban con sus gritos y su entusiasmo á sus compatriotas; las madres recordaban á sus hijos los deberes de patria y de libertad, ante los cuales, todo debía sacrificarse; y las esposas alentaban con su presencia el espíritu guerrero del esposo, ó le curaban con cariñoso cuidado las heridas que recibía en el combate. Todos allí eran soldados, todos luchaban hasta el último momento por la independencia y libertad de la patria.

El ejército francés no se olvidaba tampoco de que era el héroe de Crimea, de Magenta y Solferino. Su nombre y su orgullo se hallaban comprometidos en aquella empresa, y era necesario morir ó vencer. Sitiar por hambre la plaza que combatían no les era posible, porque el ejército de Comonfort se cuidaba en las afueras de la ciudad de que nada les faltara á los héroes de Puebla: era, pues, necesario luchar cuerpo á cuerpo, palmo á palmo y casa por casa, para hacerse dueños de la fortaleza.

Después de seis días de continuos asaltos y de proezas de valor y arrojo, los soldados franceses consiguieron abrir la trinchera delante del fuerte de San Javier, á unos 600 metros de las obras. Otros seis días más de un continuo fuego les fué necesario para tomar por asalto aquel fuerte, que hasta quemar el último cartucho, y hasta exhalar el último suspiro los valientes mejicanos que en él se encerraban, estuvo vomitando un fuego horrible que tiñó con sangre francesa sus cimientos y sus muros.

A poderados los franceses de San Javier, consiguieron después de tres días de encar-

nizado combate, hacerse dueños de la manzana de casas en que se halla el convento de Guadalupe, cada una de las cuales era un verdadero baluarte que causaba víctimas sin cuento en el enemigo, y que á no echarlas por tierra con el fuego de la artillería, difícilmente se hubieran rendido al ejército invasor.

Las demás manzanas de casas situadas á lo largo del paseo, hasta la obra de Morelos sobre la derecha, como otras varias de la parte de allá del convento anteriormente citado, en la dirección de la plaza central de la ciudad, sufrieron la misma suerte; quedando por lo tanto dueños los franceses de aquella pequeña parte de la población, en donde sólo hallaron escombros y cadáveres.

II.

No por esto los mejicanos se desalentaban, sino que por el contrario, se hallaban dispuestos á combatir con más vigor y energía desde las calles y desde las casas, para lo cual se prestaba perfectamente la situación de las mismas.

La ciudad de Puebla está, en efecto, formada de grupos de casas, separadas por calles que se cortan en ángulo recto, y donde era por lo mismo fácil atrincherarse convenientemente. Cada manzana venía á ser una ciudadela, que podían defender vigorosamente las barricadas que á su alrededor habían levantado los habitantes de Puebla; y de aquí el que fuese necesario al ejército sitiador reducir á escombros, por medio del fuego, cada una de estas manzanas, para ir avanzando al interior de la ciudad.

Entre otros aparatos de que se valieron para el combate las fuerzas francesas, se contaba una máquina, especie de *blockhaus*, sobre ruedas, que podía contener un obús de campaña, la gente de servicio, y cinco ó seis tiradores. Entretanto que el cañón disparaba contra las barricadas, é impedía que se aglomerasen los individuos, algunos hombres hacían avanzar al *blockhaus* sin que las balas enemigas pudiesen alcanzarle.

Con el auxilio de este aparato y de algunos otros análogos á manera de enormes escudos, fué posible al general Donay, que establecido en la Penitenciaría dirigía los ataques

de la izquierda, tomar dos de aquellos grupos de casas, desde los cuales pudo favorecer en mucho la construcción de obras de defensa y baterías, que más allá de la iglesia de San Baltasar levantaba el general Bazaine, encargado de los ataques de la derecha.

A otro medio apelaron también los soldados franceses, que les dió favorables resultados en la lucha. Consistía en caminar por el piso bajo de las casas abriendo las paredes con picos y azadas, y cuando llegaban á una de mayor elevación que las inmediatas, se establecían en su terrado cien tiradores franceses, que protegidos con sacos de tierra, mantenían despejados con su acertada puntería, los alrededores de los puntos que tan bizarramente defendían los mejicanos.

El resto de la ciudad seguía lanzando sus tiros contra los sitiadores, cada vez con mayor entusiasmo y algazara, y las obras de defensa continuaban igualmente por parte de los sitiados. Todas las casas estaban perfectamente fortificadas, y una por una defendidas palmo á palmo. Los techos estaban asimismo aspillados, y en todas direcciones se veían troneras que permitían, sin gran riesgo, combatir al enemigo. Las escaleras habían desaparecido en la mayor parte de los pisos bajos; y al ocupar éstos los soldados franceses, recibían desde los pisos altos, ocupados por los mejicanos, un nutrido fuego que les causaba numerosas pérdidas. En las rejas de los conventos y de las casas se parapetaban igualmente los defensores de Puebla, y al acercarse el enemigo con la intención de cortar los hierros é introducirse en los edificios, presentábanse de pronto, con arma blanca, los mejicanos, causando en los valientes soldados de Napoleón III una sangrienta y horrible matanza.

Multitud de minas, convenientemente preparadas, se habían hecho en diferentes puntos que debían, con preferencia, ser atacados por el enemigo, tales como San Agustín, la Concordia, Santa Inés, el Carmen y muchos otros; y en el momento de querer entrar en ellos, eran voladas las minas y sepultados entre cenizas y escombros innumerables franceses.

Entre las muchas fortificaciones que contaba la ciudad de Puebla, merece citarse la que se hallaba en una de las casas del

centro de la población, en la cual se derramó á torrentes la sangre de los invasores, y de la que hacía particular mención el general Forey en uno de sus despachos al Gobierno imperial.

Habían construido en el patio de esta casa los mejicanos una especie de rediente, cuyas dos caras se apoyaban en dos costados del patio á casas aspilladas. Este rediente estaba precedido de un gran foso de cuatro á cinco metros de ancho y otros tantos de profundidad. El parapeto tenía más de cuatro metros de espesura, y el talud interior se hallaba formado de enormes vigas de madera de encina. Detrás de este rediente, todas las construcciones estaban aspilladas, y las salidas preparadas y cubiertas de tambores. Desde una manzana á otra la comunicación se hallaba establecida por una galería subterránea, y los mejicanos podían, por lo tanto, auxiliarse mutuamente.

Desde aquella especie de fortificación subterránea, los soldados de la República causaban en los del imperio numerosas pérdidas, sin que estos últimos pudieran adivinar cuál era el sitio de entrada de aquella misteriosa ciudadela, que tan enormes perjuicios les causaba, y cuyos defensores aparecían como por encanto en sus simuladas troneras.

Hubo al fin un traidor que indicó á los soldados franceses el medio de penetrar en la fortaleza. Por indicación de aquel Judas mejicano, los zuavos pudieron penetrar, practicando una gran brecha en la manzana, en unas cuadras de la misma casa, desde las cuales les fué fácil flanquear la gran cara del rediente. Los mejicanos, que esperaban con gran ansiedad el momento en que los franceses se presentaran en aquel lugar, se arrojaron con gran ímpetu sobre los primeros zuavos que aparecieron en la brecha, y trabándose una lucha cuerpo á cuerpo entre franceses y mejicanos, quedaron materialmente cubiertos los subterráneos de cadáveres del uno y del otro ejército.

La fortaleza vino al fin á ser presa de los atrevidos zuavos, con cuya adquisición, no solamente se libraron los franceses del mortífero fuego que á mansalva les hacían desde aquel punto los mejicanos, sino que pudieron dominar perfectamente otras varias

manzanas inmediatas á esta, y que se hallaban asimismo fortificadas, viéndose por tanto obligados los valientes que las defendían á abandonar al punto aquellas posiciones, no sin incendiarlas antes para que no sirviesen de fortaleza á los enemigos.

III.

No lejos de aquellas manzanas se encontraba el fuerte del Carmen, otro de los más sólidos y más temibles que contaba la ciudad de Puebla. Varias veces intentaron los franceses tomarlo por asalto, pero siempre en vano. El arrojo y denuedo de los soldados que le defendían, hacían medir el suelo y bañarse en su propia sangre á cuantos franceses se acercaban á sus puertas.

Protejido el Carmen por varias casas y otros edificios que se levantaban á su alrededor, el enemigo tuvo que apelar al medio bárbaro y destructor de incendiar aquellos edificios y demolerlos completamente por medio de la artillería, con objeto de aislar el fuerte del Carmen, y poder por lo tanto dirigir el fuego de los cañones á los cuatro costados de aquella fortaleza. Los primeros disparos de la artillería francesa se dirigieron contra la manzana en que se encontraban la iglesia y el convento de Santa Inés, prometiéndose con esto los sitiadores que vendrían á tierra, poco más tarde, aquellos magníficos y suntuosos monumentos.

La misma suerte preparaban despues á los demás edificios que en cierto modo resguardaban los frentes del Carmen, con lo cual creían que en breve quedaría éste descubierto por sus cuatro lados, presentando majestuoso é imponente sus blancas paredes á las enormes bocas de los cañones franceses.

Para llevar á cabo este plan atrevido y destructor, los ingenieros practicaron por debajo de las calles varias galerías, dos de las cuales terminaban en hornillos cargados con 350 kilogramos de pólvora. La artillería había á la vez preparado en una manzana inmediata, una batería de cuatro piezas de á 12 y de cuatro obuses, para abrir brecha y batir el interior de la manzana y el convento.

Cuando todo se encontraba dispuesto para dar el ataque, un fuerte aguacero vino á inundar las trincheras, y las galerías que

daron completamente llenas de agua. El general Donay entonces hizo poner fuego á las minas, y una terrible esplosion echó por tierra gran parte de aquella manzana, quedando envueltos entre el agua, los escombros y el fuego, un sin número de valientes mejicanos de la fuerza de Toluca que mandaba el valiente coronel Padrés, sin que por esto pudiese avanzar el enemigo, por impedirlo los pocos que sobrevivieron de aquella heroica y entusiasta fuerza.

Descubierta la batería de brecha al día siguiente, rompióse el fuego, y apenas estuvo practicable la brecha, fué lanzado sobre la manzana un batallón del 1.º de zuavos, que con grande esfuerzo consiguió penetrar en ella. Todo esto lo habían ya previsto los mejicanos, y preparaban por tanto una dura y terrible lección al arrojo de los soldados franceses.

Una gran verja de hierro fué el primer obstáculo que los zuavos encontraron en la brecha. Detrás de ésta, los mejicanos habían construido magníficas trincheras, y más atrás aún se levantaba majestuoso el convento, presentando terrados escalonados que formaban con la iglesia pisos de fuego, á los cuales habían de hallarse espuestos los invasores. Haciendo volar entonces por medio de minas otra cuadra de la manzana de Santa Inés, los franceses allanaron los escombros por medio de su artillería y lanzaron fuertes columnas sobre el interior de aquella manzana, que defendían con increíble denuedo los batallones 3.º y 5.º de Zacatecas, al mando del bravo coronel D. Miguel Auzá.

El combate se trabó entonces de una manera sangrienta, disputándose el sitio los contendientes de un modo tan encarnizado, que se disparaban tiros á quema-ropa sin perder terreno, apelándose con suma frecuencia al arma blanca que tan diestramente manejan los mejicanos. Por espacio de siete horas sostuvieron las unas y las otras fuerzas aquel horrible combate, que dió por resultado una victoria completa á los soldados de Puebla, quedando en su poder 130 prisioneros del primer regimiento de zuavos, incluso siete jefes y oficiales, y amontonados en aquel cortó recintó hasta unos 300 cadáveres del ejército francés, y casi otros tantos del ejército contrario.

Al mismo tiempo que los franceses se batían tan bizarramente en el interior de Santa Inés, atacaban el centro de la línea que defendía el general Alatorre, y los fuertes de San Agustín y el Carmen, habiendo sido rechazados igualmente de todos estos sitios.

La misma prolongación del sitio era considerada como un triunfo, y los hechos ruidosos de los sitiadores, resonaban en Méjico aumentando el general entusiasmo. El 29 de Abril, al abrir la legislatura del Congreso, decía Juárez en un elocuente discurso:

«El mundo entero aclamará nuestra honra, porque en verdad no es pueblo degenerado, el que dividido y trabajado por largas y desastrosas guerras civiles, halla en sí mismo bastante virilidad para combatir dignamente contra el monarca más poderoso de la tierra.»

Y el presidente del Congreso respondía á su vez: «No, no está degenerado, no es miserable, no merece la servidumbre, el pueblo que, abrumado bajo el peso de tantas calamidades, demuestra tanta energía cuando se le cree postrado; multiplica su fuerza hasta el prodigio, y sostiene sin auxilio extraño todas las complicaciones de una situación altamente comprometida.»

IV.

La importante y señalada victoria alcanzada por los heroicos defensores de la ciudad de Puebla el 25 de Abril, reanimó de tal manera el espíritu entusiasta de los mejicanos, que el general Forey dudó por algun tiempo si abandonar ó seguir con la árdua empresa de apoderarse de la resistente plaza. Á estas dudas debióse sin duda, que al día siguiente del desastre de Santa Inés, los soldados franceses no intentaran asaltar alguno á las demás fortificaciones de la ciudad, ni que aun se presentaran en sus mismas posiciones á hostilizar al enemigo, lo cual decidió al general Ortega á dictar al otro día nuevas disposiciones para combatir á los sitiadores.

El 27, en efecto, dióse orden al general Negrete para que saliera con una columna compuesta de las tres armas por el rumbo de Santa Anita, con el fin de amagar á los campamentos del enemigo que se hallaba hacia aquella parte, y que al mismo tiempo

toda la línea del Sur rompiera sus fuegos de artillería y fusilería sobre la línea enemiga, cuyas operaciones habían de hacerse simultáneamente á una señal convenida del general en jefe. Encargábase asimismo al general Berriozábal, que á la hora en que se cerraran los fuegos, asaltara con una pequeña fuerza una manzana que servía al enemigo para formar parapetos y defenderse de los mejicanos, con el objeto de incendiar los escombros que en ella habían quedado, y dejar por lo tanto casi al descubierto á los soldados franceses que por aquel punto se presentaran.

Estas órdenes fueron tan acertada y exactamente cumplidas, que las fuerzas sitiadoras se vieron á la vez acometidas dentro y fuera de la ciudad por las sitadas, causándoles una mortandad horrible, y esparciendo por lo pronto en sus filas un pánico y un terror que sólo era resistible, sin huir precipitadamente de aquellos lugares de desolación y de muerte, al valor de los soldados franceses.

El general Forey, que no podía permitir que se empañase nunca el honor del ejército francés, hizo partir al siguiente día un gran convoy de carros vacíos, al mando del capitán de fragata Mr. Bruat, para que fuese á buscar municiones á Veraacruz, dando al mismo tiempo las órdenes oportunas, para que llegasen lo más pronto posible á la ciudad de Puebla las municiones traídas por el transporte Ceres.

En breve recibió, en efecto, de Veraacruz el general francés tres obuses de 30 con 60 cargas por pieza; cuatro obuses de montaña; 280 bombas de 31 centímetros; 800.000 cartuchos, y 2.500 kilogramos de pólvora, con cuyos pertrechos dió principio de nuevo á sus operaciones.

El día 29 se estableció un rediente delante de San Miguelito para molestar el fuerte de Santa Anita, construyendo en el primero de estos lugares y junto á Santiago, dos baterías destinadas á batir los terrados de la ciudad desde Belen hasta Santa Inés.

El general Bazaine completaba entretanto, aunque de una manera pesada y lenta, porque las fuerzas del enemigo se lo impedían, el cerco de la línea por encima de Puebla, valiéndose de trincheras, de puntos fortifi-

cados y de obras de campaña unidas por emboscadas. Esta línea, que partía de la obra de Morelos, pasaba por la garita de Amatlan, la iglesia de San Baltasar, la garita del mismo nombre, el molino de Guadalupe, Santa Bárbara, molino del Cristo y garita de Amozoc, construyéndose á la vez otra análoga por el Norte de Puebla, que debía prolongarse hasta circunvalar por completo la ciudad.

V.

El 1.º de Mayo por la mañana, la caballería mejicana hizo una salida, pero no pudo forzar las líneas francesas; y durante el mismo día se cambiaron comunicaciones entre las tropas mejicanas y francesas, de calle á calle, y de manzana á manzana, acerca del enterramiento de los muertos y cange de prisioneros; de lo cual resultó una suspensión de hostilidades que duró unas tres horas. Por la noche, el general Forey ordenó que se continuara la trinchera emprendida en la direccion de Santa Anita, y que se construyera á la altura de Santa Anita una batería, que tomó el número 11 de la série de la derecha.

Algunos días antes de estos sucesos, Comonfort habia tomado fuertes posiciones á tres leguas de Puebla, en la direccion de Tlascála, procurando hacer entrar un convoy en la ciudad sitiada. Hacía tiempo que el general Forey seguía los movimientos de Comonfort, esperando encontrar ocasion favorable para atacarle vigorosamente. Las tropas del general mejicano habian permanecido hasta los primeros días de Mayo diseminadas en varios puntos, entre Puebla y San Martín por un lado, y Puebla y Tlascála por el otro; pero el 5 de Mayo se declaró un movimiento contradictorio del cuerpo mejicano, y su caballería avanzó hasta San Pablo del Monte, con el objeto sin duda de tantear el terreno. La intencion de Comonfort era evidentemente romper la línea de circunvalacion de los franceses, para abastecer la plaza, cuyos defensores hicieron el mismo día una salida que no tuvo éxito, y tenderles la mano. Entonces el general mejicano, sin abandonar el camino de Tlascála, frente á San Pablo, estendió su derecha á la llanura de San Lorenzo, donde se fortificó, es-

perando acaso apoderarse de las alturas del Cerro de la Cruz, distraer desde allí la atencion de los sitiadores, y ver si de este modo conseguia introducir víveres en Puebla.

Comonfort pasó el día 7 combinando mejor sus planes, y atrincherándose en la llanura de San Lorenzo. Meditaba un golpe decisivo, que la perspicacia de Forey supo desbaratar. Comunicó sus instrucciones al general Bazaine, y éste, al frente de las fuerzas que dejamos indicadas, dejó el campamento á la una de la madrugada del 8, siguió el camino de Méjico con el mayor silencio hasta la altura de San Lorenzo, y torciendo á la derecha, llegó al amanecer á la vista de la posicion enemiga. Todo salió á medida de su deseo; y sin más incidente que el encuentro de algun vigía, á las cinco se escalonaban las tropas francesas por batallones en columna, precedidas de la artillería y la caballería; y toda la division, con el ala izquierda delante, cayó sobre las trincheras construidas alrededor de la iglesia de San Lorenzo.

Aunque sorprendidos los mejicanos por lo brusco é impensado del ataque, tuvieron tiempo de correr á las armas, empezando un nutrido fuego de artillería á la distancia de 1.200 metros. La artillería francesa contestó, y toda la línea al paso de carga se precipitó con irresistible arranque al grito de *Viva el emperador!* La posicion fué tomada, á pesar de la resistencia desesperada de los soldados mejicanos, muchos de los cuales sucumbieron en las puntas de las bayonetas francesas. Los restantes se desbandaron tratando de huir por el vado de Panzacola y el barranco de Atoyac; pero la metralla de los cañones franceses, la caballería del general Mirandol y la del general Marquez, los dispersó hasta Santa Inés, donde el último, viendo á los mejicanos en completa derrota, cesó de ir á sus alcances. En esta refriega, los mejicanos perdieron unos dos mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, ocho cañones rayados, veinte carros y unas doscientas mulas; y entre los prisioneros se contaban 25 oficiales de todas graduaciones.

VI.

Alentados los franceses con la derrota de Comonfort, redoblaron sus esfuerzos; pero

cambiando el plan de operaciones. La experiencia les habia demostrado la inutilidad de sus ataques contra las manzanas de casas, donde se estrellaban contra obstáculos superiores á toda prevision, y sufrían graves pérdidas sin ningun útil resultado. El general Forey decidió concentrar todas sus fuerzas sobre los fuertes del Carmen y el de Totimehuacan. Resistieron los sitiados con indecible vigor este doble ataque, durante cinco días consecutivos. En la madrugada del 16, siete baterías de la série de la derecha, que se habian puesto la noche anterior, rompieron un fuego imponente sobre el frente de ataque de Totimehuacan, al mismo tiempo que las baterías auxiliares de la derecha dirijian sus proyectiles sobre el Carmen, y las seis baterías de la izquierda vomitaban bombas y granadas sobre la ciudad.

Los sitiados contestaron con inusitado vigor en las primeras horas del día; pero abrasados por un fuego convergente y bien dirigido, acabaron por no contestar sino muy débilmente.

El fuego se prosiguió de una y otra parte hasta la tarde, en que los sitiados pidieron parlamento; y el general Mendoza se presentó en el campamento francés, con los poderes necesarios para tratar de un armisticio y para establecer verbalmente las bases de una capitulacion. El general Forey rehusó suspender las hostilidades, declarando que si habia lugar á ello, se podria tratar combatiendo. Estrechado el general Mendoza á esplicarse sobre la capitulacion que pedia, propuso que se dejara salir de la plaza á la guarnicion con armas y bagajes, una parte de su artillería de campaña, los honores de la guerra, y autorizarla para retirarse á Méjico. El general francés rechazó tales pretensiones, y respondió que las únicas condiciones admisibles serían que la guarnicion saliera con los honores de la guerra, desfilando delante del ejército francés, deponiendo sus armas, y constituyéndose en prisionera de guerra.

No siendo ya posible seguir defendiendo la plaza por la falta de comunicaciones y de víveres, el general Ortega disolvió el ejército que tenía á sus órdenes, mandó que se rompiera ó inutilizara todo el armamento, incluso los cañones, y dirigió un oficio al

general Forey avisándole que la plaza quedaba á sus órdenes. En su consecuencia, en la madrugada del 17 el general Forey envió un jefe de estado mayor, con un batallón de cazadores de infantería, para tomar las primeras medidas que exijia la ocupacion de la ciudad. Durante el día fueron ocupados por las tropas francesas todos los fuertes; se principió á destruir las barricadas; se enviaron médicos para examinar los establecimientos, bajo el punto de vista de la salubridad, y se procedió al inventario del material y de las escasas provisiones dejadas por los mejicanos; y el día 19 de Mayo hizo su entrada solemne el general Forey en Puebla, acompañado de todo su estado mayor, y de una columna compuesta de fracciones de diversas armas.

Los resultados de la toma de Puebla fueron considerables, pues segun el parte del general Forey, quedaron en su poder 26 generales, 225 oficiales superiores, 800 oficiales subalternos, 16.000 prisioneros, 150 piezas de artillería en buen estado, armas y municiones en bastante cantidad. En su relacion oficial, negó el general francés que la plaza se rindiera por falta de víveres y municiones; y señala como el verdadero motivo que hizo cesar la resistencia, la derrota y dispersion de Comonfort el 8 de Mayo, con lo cual la guarnicion perdió toda esperanza de ser socorrida ó abastecida.

«Por otra parte, —añade,—los sitiados, viéndonos atacar por el Oeste, habian acumulado allí todos los medios de defensa, descurriendo la parte oriental; y cuando se dirijieron todos nuestros esfuerzos por este lado, no se disimularon que el asalto de Totimehuacan sería seguido de la toma de la ciudad.» Pero en contra de las aseveraciones de Forey, que tenía un vivo interés en realzar el esplendor de su victoria, ahí están las comunicaciones del general Ortega y del cuartel-maestre Mendoza, que no lo debian tener en ocultar lo que pasaba en la plaza. Concíbese bien que carecieran de víveres y municiones al cabo de dos meses de rigoroso bloqueo, durante cuyo tiempo estuvieron incomunicados con la capital. El convoy que les llevaba Comonfort, cayó en poder de Bazaine, con lo cual perdieron toda esperanza de ser socorridos. Aun así, aun des-

pues del combate de San Lorenzo, los defensores de Puebla se resistieron heroicamente más de diez días; de donde resulta que la plaza se entregó, no por falta de valor de los sitiados, sino por la imposibilidad completa de continuar la resistencia, careciendo de víveres y de municiones.

A la vista tenemos dos testimonios que comprueban este aserto, ensalzando al propio tiempo el heroísmo de los sitiados: uno está tomado de un periódico; el otro es una comunicacion del ministro de la Guerra de la República. El *Eco de Veracruz*, periódico adicto á la intervencion, decia á los pocos días de haberse entregado Puebla: «No es exacto que los franceses encontraran en Puebla municiones ni armamento alguno. Segun nuestro corresponsal, la falta de víveres en la plaza era absoluta; los fusiles, armados en pabellon, habian sido quemados, y estaban clavados todos los cañones que habian servido para la defensa.» La carta del ministro de la Guerra, contestando al parte en que el general Ortega le daba cuenta de que habia entregado la plaza, decia así:

«Ministerio de Guerra y Marina.—Seccion 1.ª.—Se ha impuesto el ciudadano presidente constitucional del oficio de V. dirigido al general en jefe del ejército francés, para comunicarle que no siéndole ya posible seguir defendiendo la plaza de Puebla de Zaragoza por la falta de municiones y de víveres, habia disuelto el ejército que estaba bajo su inmediato mando y roto su armamento con la artillería toda, por cuyo motivo podia mandar ocupar la mencionada plaza, que desde luego quedaba á sus órdenes.»

También se ha impuesto de la resolución tomada por V. de entregarse prisionero con el cuadro de generales, jefes y oficiales; por lo que, así como por las disposiciones dictadas, manifiesta que, sin embargo de tener la creencia de haber cumplido con sus deberes, con gusto se sujetará á un juicio, tan luego como quede en libertad, si así lo determinare el supremo Gobierno.

El presidente ha estado observando con profundo interés, todos y cada uno de los sucesos que han tenido lugar durante la gloriosa defensa de la plaza, y vé con orgu-

llo que el último que ha puesto fin á la tenaz y vigorosa lucha emprendida, corresponde á los anteriores, si no en sus victoriosos resultados, si porque él deja bien puesto el decoro de la nacion, sin empañar en nada el lustre de sus armas no vencidas, ni comprometer con oferta alguna la palabra sagrada de sus guerreros.

«Está, pues, satisfecho el ciudadano presidente de la conducta de V. y de los generales, jefes, oficiales y tropa que compusieron el inmortal ejército de Oriente, y así me ordena que se lo manifieste, como tengo el honor de hacerlo en este oficio, añadiéndole que el modo con que ha desaparecido ese benemérito ejército, confirma que ha sido acreedor á los votos y á las felicitaciones que el soberano Congreso y el supremo Gobierno le han dirigido á nombre de la nacion que representan.»

Libertad y Reforma. Méjico, 22 de Mayo de 1863.—BLANCO.—Ciudadano general J. Gonzalez Ortega.—Puebla de Zaragoza.

El día 20 de Mayo los oficiales prisioneros, superiores y subalternos, igualmente que 2.000 soldados mejicanos, salieron de Puebla, los primeros con direccion á Veracruz con destino á Francia, y los segundos hácia Córdoba, para ser empleados en las obras públicas. En cuanto á los generales (1), todos fueron trasladados á Orizaba; pero antes de hacerlos salir de Puebla, Forey les hizo grandes instancias para que firmaran la promesa de permanecer neutrales mientras durase la guerra, y todos unánimemente volviéron á negarse á contraer el menor compromiso, dando á una voz entusiasmas vivas á la República. El 27, seis de los generales mejicanos prisioneros lograron evadirse, á favor de disfraces que les habian proporcionado mercaderes autorizados para venderles comestibles; tales fueron, Ortega, Lallave, Pinzon, Patoni, García y Prieto (2).

(1) Eran: Gonzalez Ortega, Berriozábal, Alatorre, Lallave, García, Huerta, Mejía, Mora, Hinojosa, Patoni, Colombres, Gayoso, Osorio, Pinzon, La Madrid, Prieto, Mendoza y Porfirio Diaz.

(2) La evasión de Gonzalez Ortega, si ha de creerse lo que refiere éste en la carta que escribió al general Forey, desde San Luis de Potosí, se verificó con circunstancias y peripecias que la dan un interés novelesco. «Marchaba al destino que me disteis,—escribia Ortega á Forey,—abatido, pero resignado. Un ángel á quien me

CONCLUSION.

Hemos seguido con palpitante interés las alternativas de la heroica defensa de Puebla, y nuestro corazon ha latido más de una vez con entusiasmo al recordar que los que de tal manera peleaban, eran los hijos de aquellos que desde nuestras playas llevaron al pais de los aztecas su civilizacion y su actividad. La impopularidad de la guerra, quedó suficientemente demostrada con la resistencia de aquella ciudad heroica. El pueblo que se juzgaba envilecido y cobarde, incapaz de resistir y defenderse, se levantaba pujante, valeroso, formidable. Donde sólo se creia encontrar miserables leprosos, enervados por el ocio y embrutecidos por el vicio, se vieron brotar legiones de soldados como los que defendieron á Puebla, y generales como Gonzalez Ortega y Porfirio Diaz, que no se rindieron sino cuando juzgaron que el resistir era una locura.

Bajo el punto de vista militar, la empresa de Luis Napoleon contra la República de Méjico parecia ya terminada, puesto que al fin la suerte de las armas le habia favorecido con una victoria, más ruidosa por lo tenaz de la resistencia, que importante por los resultados ulteriores. La rendicion de Puebla debia poner en manos de los franceses la misma capital; pero se equivocaron grande-

unió el cielo, y que postrado ante el altar rogaba por mi vida, se lanza en busca mia, me sorprende y me ruega que le siga; llora, agota todos los recursos de su amor para seducirme; el honor (tal cual lo veia entonces), me dá fuerzas para resistirme. De pronto aquella sublime mujer, inspirada, improvisa un medio inconcebible: sus criados me sujetan y arrebatan á un carruaje; pasmado yo de resolución tan inusitada como heroica, me entrego á la Providencia y me dejo llevar á pelear por Méjico. Teneis corazon, general; poned la mano sobre él y lo sentireis latir violentamente á la triple idea de esposa, patria y libertad. Fío en vuestro criterio é hidalguía: he faltado á mi palabra, es verdad; pero esta falta, vuestro país la ha santificado dos veces, aclamando una al prófugo de Elba, y ciñendo otra la diadema imperial en la cabeza del presidente del 2 de Diciembre.»

mente los que, enloquecidos con el júbilo del triunfo, creyeron que todo estaba ya concluido, que la República quedaba destruida, y dominado todo el territorio mejicano. La pérdida de Puebla fué un accidente de guerra, mas nó un golpe decisivo: lo hubiera sido para firmar la paz, nó para subyugar á la nacion. Méjico rendido, no era más que otra ciudad rendida; Méjico nacion existia, y no se rindió.

En el nuevo periodo que empieza desde la entrada de los franceses en Méjico, veremos cómo, léjos de disminuir, aumentaron las dificultades de la guerra, y cómo Francia se vió obligada á continuar vertiendo en aquellas apartadas regiones la sangre de sus mejores soldados. Desde San Luis de Potosí, desde Monterey, desde Matamoros, desde cualquier punto en que se encontraba Juarez, halló este insigne presidente, en su perseverancia y en su patriotismo, medios para prolongar la resistencia, frases elocuentes para enardecer el entusiasmo de los mejicanos. Rehaciéndose pronto del desastre de Puebla, puso en accion las guerrillas, que engrosadas primero hasta formar bandas numerosas, y aumentadas éstas hasta componer respetables cuerpos de ejército, unos días vencidos, otros vencedores, pero jamás desalentados, no cesaron hasta acorrallar al mismo Maximiliano dentro de los muros de Querétaro.

Francia tuvo que luchar ante todo con la nacion entera, con la resistencia sistemática y eterna; con una guerra de esas que no abren de una vez una profunda y ancha herida, sino de las que desangran insensible y lentamente; con esa hostilidad pasiva que puede oponer siempre un pueblo á un ejército extranjero, hasta que cansada de sostener sobre sus hombros tan pesada carga, abandonó á sus propias fuerzas el nunca afirmado imperio del infortunado archiduque austriaco, que levantado sobre frágiles cimientos, debia caer desplomado en Querétaro.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.